



I - CONFERENCIA DADA EN  
EL PRINCE GEORGE'S HALL  
A LA FEDERACIÓN UNIVERSI-  
TARIA DE BUENOS AIRES, EL  
DÍA 30 DE SEPTIEMBRE DE  
1909 (1)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

(1) El texto que sigue es tan sólo un resumen hecho sobre las notas taquigráficas, en que se ha prescindido de lo que no resultaba inteligible.





**A**MIGOS míos: No quiero sentarme detrás de la mesa, porque eso daría a esta charla un aire de conferencia profesoral, y yo no quiero daros una conferencia; quiero un rato de expansión de espíritu con vosotros.

En ese rato voy a pensar en voz alta delante de mis compañeros de trabajo, delante de mis estudiantes. Voy a ir diciendo lo que brote, quizá de una manera incoherente, de mi espíritu; pero tened la seguridad de que aún cuando esta conversación sea inferior en método a las conferencias que la han precedido, les será superior en la espontaneidad e intimidad de los conceptos que en ella vierta.



Cuando llegué a Buenos Aires, cuando el vapor tocó en vuestro muelle, cuando se tendió la escala y comenzaron a subir los que esperaban a los viajeros, se hizo una irrupción de caras desconocidas para mí. Yo luchaba en mi espíritu entre el desasosiego que produce siempre la llegada a un país extraño (que es, por mucho que uno haya leído respecto de él, una incógnita, un interrogante psicológico) y el deseo de que terminase de una vez el viaje y de encontrarme en el terreno de la acción para que me enviaba la Universidad de Oviedo; y en aquella incertidumbre, en aquella lucha de sentimientos — un poco de temor de un lado, un poco de anhelo de comenzar, por otro — me vi de repente trasladado a la tierra asturiana. El milagro se había operado por una circunstancia feliz. A mi lado, de pronto, se habían congregado seis estudiantes de la Universidad ovetense; seis antiguos alumnos míos; seis muchachos en los cuales yo había puesto algo de mi espíritu — con el afán con que así lo hago en mi cátedra—y que, encontrándose por muy varias circunstancias, en tierra argentina, venían a saludar a su antiguo maestro.

Me pareció que, de repente, el *Avon*, el Puerto de Buenos Aires, el grandioso espectáculo de esta Ciudad inmensa que se abría ante mis ojos; desaparecían, y volvían otra vez el tenue gris de la tierra asturiana y la

silueta de la alta torre gótica de la Catedral que casi sombrea el edificio de la Universidad ovetense.

¿Porqué venían aquellos muchachos a recibirme? ¿Porqué me rodeaban? ¿Porqué me producían, en el mismo momento en que entraba yo en tierra extraña, la ilusión de que se unían mi cuerpo y mi espíritu con la tierra que acababa de dejar?

Venían, porque a pesar de haber salido de la Universidad, entre ellos y yo quedaba un lazo. Ese lazo, era un lazo de afecto. Ellos me querían, y me querían como quieren a todos mis compañeros ovetenses. Nos quieren por la forma especial de vida que hacemos allí.

En primer término, porque ellos saben que nosotros tenemos como principal interés el de la enseñanza, el de su propio aprovechamiento; que preside a todos nuestros actos el deseo, por lo menos, de la más absoluta justicia, y que aún en ese trance desagradable del examen — que yo considero como la falla de la carrera del profesor, — en ese trance que suele separar a los alumnos de los maestros, que suele suscitar rencillas y animosidades, a veces duraderas por toda la vida y que se cobran en el momento propicio; — aún en ese trance repito, la relación de afecto no se rompe entre ellos y nosotros, porque saben bien que podremos engañarnos, pero que jamás cometemos a sabiendas una injusti-



cia. Y de aquí el fenómeno curioso de que los estudiantes de Oviedo sean siempre los mejores amigos de los profesores de quienes han recibido, o no, molestias de la clase a que aludo.

Saben también que allí no perseguimos el fin pedantesco y pueril de algunos profesores que he conocido andando por el mundo y que tienen, como lema de sus relaciones con los discípulos, en este particular, la de perjudicarlos todo lo posible. Allí por el contrario, experimentamos un sentimiento profundo cuando alguna vez tenemos que decirle a algún muchacho: «usted no puede continuar». Os lo digo sinceramente: eso nos suele causar un disgusto mayor que el que experimenta el alumno al recibir la noticia...

Por otra parte, nosotros hacemos una vida muy familiar con ellos. Vida familiar en la cátedra, donde trabajamos juntamente con nuestros discípulos, donde los agregamos a nuestra labor. Oviedo es una ciudad pequeña, provinciana, familiar, donde nos conocemos todos, donde nos encontramos a cada momento, y donde paseamos más de una vez en grupos que forman conjuntamente profesores y alumnos, sin distinción de ningún género, como buenos compañeros, como buenos amigos que, en los instantes de descanso de la vida de academia, charlan sobre la multitud de cosas que preocupan a los hombres y que no pueden tratarse den-

tro de las horas de trabajo universitario.

Y luego, de cuando en cuando, salimos al campo, visitamos monumentos, admiramos paisajes; y a todo ello vamos juntos maestros y discípulos como camaradas, con nuestra merienda en los bolsillos, dispuestos a regodearnos en plena naturaleza, a sentarnos sobre la yerba fresca de los prados asturianos y dispuestos a gozar, en una charla familiar, íntima, de las delicias del paisaje y del placer, del solaz espiritual que el cambio de ideas produce...

Y todavía más, porque tenemos un día especial de fiesta, de asueto, en que profesores y alumnos, los grupos de cada año universitario con sus correspondientes profesores, hacen una excursión un poco más larga, pero con la misma intimidad, en las mismas condiciones de vida familiar que las referidas; y tened en cuenta que eso se hace pocos días antes de los exámenes, y puedo aseguraros que jamás atravesó por la imaginación de nadie la preocupación de que horas después aquellos compañeros van a convertirse, los unos en reos y los otros en jueces, ni cupo jamás en la mente de un estudiante de Oviedo que por aquella comunicación familiar hubiésemos de faltar a los principios fundamentales de nuestro ministerio.

Pero todavía creo que nos acerca mucho más que estas cosas, otra que tiene influencia grandísima en la vida docente; y es, que si



tratamos a los alumnos como compañeros en todas las manifestaciones del vivir, también nos descubrimos a ellos con entera franqueza; y así, están habituados a vernos, no con la autoridad del «dómine» que mantiene siempre la superioridad sobre el discípulo y que guarda secreta la cuchillada del maestro, sino como hombres que sinceramente, si hay lugar a ello, declaran que algunas cosas de la ciencia que cultivan, no las saben; que respecto de otra porción de cosas, dudan; y que se consideran siempre en situación de ser rectificadas o de ser superados por un estudiante que, con penetración verdadera, especializa en el mismo campo en que ellos trabajan.

Y esa sinceridad con que nos mostramos a ellos; esa manera natural con que deponemos en absoluto la vanidad del profesor (que suele ser la valla más honda de separación entre el maestro y sus discípulos), creo que es lo que más nos acerca, dejándonos ver así de una manera sencilla al igual de ellos, como hombres que no tienen más superioridad que la de haber empezado más temprano el camino y haber podido, por tanto, trabajar y cosechar más espiritualmente.

Es así como nosotros fortalecemos el lazo que nos une; y los estudiantes, después de haber transcurrido muchos años de vida universitaria, conservan el mismo calor, la misma frescura de sentimientos para con sus maestros.

Pero, con respecto a vosotros, yo me encontraba en la incertidumbre sincera que tengo siempre respecto de mi trabajo, en la duda que me acomete a cada momento con relación a todo aquello en que pongo la mano. Yo me decía: —¿Qué habrán visto en mí los estudiantes para pedir esta conferencia especial? Ellos que están cansados de cátedras, de conferencias! Una cátedra más, una serie de lecciones ¿qué habría de importarles? Antes, lo natural sería que les cansase; y en vez de eso, me encuentro con el fenómeno extraño, inusitado, de que ellos expresen hacia mi una corriente de simpatía que, por la franqueza de sus manifestaciones, no puede de ninguna manera colocarse en el campo de las que pertenecen a la pura cortesía civil. Y pensando en cómo podría haberse esto verificado, no habiéndose producido el contacto espiritual con ellos como lo tuve con mis discípulos de Oviedo, pensando en esto, cayó en mis manos un número de cierto periódico de Buenos Aires, que relataba una interview con uno de vuestros presidentes; y en ella, hablando de la Federación Universitaria, de sus anhelos, de los fines que perseguía, encontré esta nota: «Nosotros, una de las cosas que queremos es llegar a propiciar la intimidad con los profesores, viviendo con ellos en un pie de familiaridad, de compañerismo en el trabajo, haciéndonos verdaderos colaboradores y fun-



diéndonos en un mismo espíritu dentro de la obra universitaria». Y dije: Aquí está la explicación del enigma. Esto, que es una aspiración de los estudiantes de Buenos Aires; esto que es una aspiración de la Federación Universitaria; esto que ellos quieren convertir en la ley de la vida de su Casa, esto lo han visto en mí como representante de la Universidad de Oviedo. Saben que allí vivimos formando un solo cuerpo los unos y los otros, y el fenómeno que se ha producido es sencillamente este: aquel pequeño grupo de 6 ó 7 alumnos de la Universidad de Oviedo, que me rodeaban en el vapor *Avon*, se ha extendido, se ha ampliado y comprende toda la Federación Universitaria.

Y ahora os diré por qué me interesan a mí los estudiantes.

Me interesan por tres cosas. En primer lugar, desde el punto de vista de la obra de la enseñanza, porque considero que ellos son el verdadero factor activo dentro de ella; el factor con que es preciso contar en primer término para que la enseñanza sea lo que debe ser, puesto que si él no muestra verdadero afán, si él no pone lo mejor de su espíritu en esa obra, será perfectamente inútil todo esfuerzo que el profesor haga. En segundo lugar, me interesan porque yo veo en ellos almas que comienzan a abrirse, espíritus que inician su contacto con la realidad, todos llenos de ansias, todos llenos de espe-

ranzas, cada uno con sus cualidades — las unas buenas, las otras malas, como cada hijo de vecino; y siento por ellos la inquietud que se siente por algo que, pudiendo llegar a ser un fruto saneado, un fruto que rinda consecuencias excelentes para su patria, puede, por concatenaciones difíciles de evitar en la vida, malograrse y convertirse en algo inútil para la patria e inútil para sí mismo. Y esa misma inquietud que sentían antiguamente los teólogos y los moralistas por la salvación del alma, desde el punto de vista religioso; esa inquietud siento yo por cada espíritu joven, por su salvación en la vida terrena. Siento el temor de que todas aquellas cosas buenas que comienzan a florecer en él, que todos los ideales puros, que toda aquella posibilidad de entusiasmos grandes por las grandes cosas de la vida, se malogren y se agosten al contacto del egoísmo, de las pequeñeces, de la ruindad del medio ambiente. Y acudo solícito, en todo lo que me es posible, a evitar todo error, a evitar todo extravío en el camino, a salvar un espíritu más, en aquella medida en que un espíritu puede influir sobre otro; sabiendo ya de antemano que, aun siendo muy grande el esfuerzo que uno realice sobre otra alma, siempre habrá un elemento, absolutamente imposible de preveer muchas veces, que tendrá en ella actuación tal vez mayor... Y como he visto fracasar tantos espíritus; como he visto tantos jóvenes des-



tinados a ser grandes lumbreras en su país, a ser un exponente de progreso en su patria, malograrse y extraviarse por completo y ser inútiles para sí propios y también para el mundo entero, ¡considerad con cuanto temor, y al mismo tiempo con cuanta solicitud, he de seguir paso a paso ese movimiento del alma juvenil presente a mis ojos, que va poco a poco mostrando el reflejo de todas las impresiones que recibe, y que muchas veces se hunde sencillamente porque no tiene una mano que se le tienda a tiempo y que la salve del abismo!

Y por último, amigos míos, hay otra cosa por la cual me interesáis también. Esa ya no se refiere a vosotros mismos. Se refiere a algo que está por encima de vosotros. Se refiere al porvenir de la patria y de la humanidad. Él está en vuestras manos. Vosotros sois nuestros herederos naturales. Lo que la patria tenga que ser, lo será por obra vuestra. Así, vuestro acierto en la vida lleva consigo, no el porvenir y la felicidad de un individuo, sino el porvenir de un mundo entero y, en fin de cuentas, el de la humanidad; y ésta es cosa demasiado seria para que un profesor, que en cierto modo es un parteador de espíritus, un padre de almas, mire con indiferencia la acción que puede ejercer sobre aquellas que se abren a la nueva vida, y considere que cumple perfectamente su misión invirtiendo una hora detrás de una mesa en

explicar cosas que están dichas, la mayor parte de las veces, en un libro...

De ahí que mi relación con los estudiantes procure siempre salir de los límites propiamente docentes. Yo aspiro a ser para ellos algo así como un confesor, como un hombre que, dotado de la experiencia que los años cargan sobre nosotros — queramos o no queramos — cree que uno de los deberes de su vida consiste en comunicar esa experiencia y ponerla al servicio de los que comienzan la vida.

Y usando de ella, usando de esta fuerza que en mí hay por razón de la diferencia de edades entre vosotros y yo, quiero deciros algunas cosas que se refieren a vuestros propios problemas.

Uno de ellos es este: Váis a tener vuestra casa. Váis a poseer un centro material de cohesión. Váis a tener hogar. El hogar acerca siempre; el hogar une; el hogar crea costumbres en la vida. Allí se vinculan y se estrechan los hombres, y de esa manera matan muchos prejuicios, muchas antipatías puramente sentimentales; los espíritus aprenden allí a conocerse, que es como aprender a amarse.

Pues bien. Yo os digo que cultivéis vuestra casa, no sólo con ánimo de ostentación, no sólo como lugar donde os reunáis para las fiestas extraordinarias, sino como sitio en que os encontréis a diario; como sitio en que con-



viváis verdaderamente para todas las cosas que pueden y deben importaros en la vida estudiantil y en la vida humana, a que pertenecéis también. Cultivad la sociabilidad. Ella es planta un poco rara y difícil de vivir en tierra de raza latina. Tenemos un exceso grande de individualismo; ya nos lo han visto los psicólogos. Ese individualismo ha sido creador de grandes obras; pero ha sido, también, creador de grandes desdichas. Corregidlo, infundiendo en el alma latina, a la cual pertenecemos vosotros y nosotros, esa firmeza que han sabido crear y mantener de una manera alta los pueblos sajones. Hacedlo de manera que cuando forméis vuestra sociabilidad y os separéis, el hogar en que habéis vivido la vida estudiantil y el de la universidad, operen de tal manera que el lazo con ellos no se rompa, sino que os acompañe en todas las acciones futuras, a tal punto, que por encima de las diferencias de edad o de intereses, reconozcáis siempre al hermano de la Universidad y le tendáis la mano; que tengáis ese gesto generoso de tenderle la mano a pesar de todas las cosas contrarias que puedan haber surgido entre vosotros. ■

Además de esto, amigos míos (permittedme lo delicado del consejo), no seáis pedantes. Esa es una enfermedad de la juventud. Como yo la he pasado, no tengo reparo ninguno en hablar de ella... Sólo que es una enfermedad que en algunos pasa y que

en otros dura toda la vida! Debéis procurar que no dure en vosotros, si la padecéis, más que algunos años, esos años en que la pedantería es como la excrecencia de la afirmación de la propia personalidad, que asegura su potencia creadora frente al mundo y la disputa capaz de grandes obras. Eso, es una fuerza. Pero cuando esta fuerza perdura en momentos en que es preciso sumar y no restar; en que es preciso hacer obra colectiva y no individual, separada, entonces se convierte en un mal; se convierte sencillamente en el egoísmo, en la afirmación de que *yo*, no sólo soy lo que valgo más en el mundo, sino que el mundo entero tiene que estar contemplándome.

Si vosotros queréis seguir por el camino de la ciencia, la pedantería será un pesadísimo bagaje, porque estará poniendo un obstáculo constante en el camino de la verdad, si esa verdad la ha de descubrir otro. Ahora bien. Los grandes sabios han sido siempre los hombres que no han tenido dificultad ninguna en reconocer la obra que otros han aportado. Hay una vanidad que se puede conceder al científico: es la vanidad de hacer lo que realmente ha hecho en el campo de sus estudios; pero la vanidad comparativa, que consiste en creerse *más* que el resto de los trabajadores y negar la obra de éstos, está completamente reñida con toda acción fecunda.



Vosotros tendréis que hacer obra seria en todos los órdenes de la actividad. La haréis en las artes, en la política, en las letras, etc.; la tendréis que hacer todos los días y, alguna vez, resolviendo graves problemas. No os cuidéis sólo de los vuestros, y resolvedlos en bien de la humanidad.

Por último, amigos míos, os diré otra cosa. No tengáis prisa, no tengáis afán inmoderado por llegar. Llegar el que quiere, — todavía más que el que puede.

Pero el querer, en este caso, consiste en hacer labor serena, solícita; en difundir la propia originalidad sobre la base del trabajo; en tener derecho a que el mundo se fije en uno y lo llame. Cuando es el mundo quien llama, se tiene la seguridad de ocupar un puesto dignificado y realizar una obra seria. Cuando se fuerza la opinión y se precipita uno en el terreno que todavía no tiene derecho a ocupar, el fracaso es seguro. Porque aún cuando no venga el fracaso, surge otra cosa, surge la usurpación... Y en los momentos de honda meditación con nosotros mismos, en los momentos de examen de conciencia, que el que no es puramente frívolo — y el que lo sea, no nos importa — tiene más de una vez en su vida, nos habremos de acusar de las cosas que en el mundo hacemos sin derecho bastante, y de las que injustamente obligamos a los demás a que hagan para nosotros.

Tiene Leopardi entre sus hermosas poesías, una que concluye de este admirable modo: (Está hablando del sábado, víspera de descanso y fiesta, tras el cual volverá de nuevo, — los estudiantes lo saben mejor que nadie — la tristeza del día de trabajo.)

Questo di sette é il piú gradito giorno,  
Pien di speme e di gioia:  
Diman, tristezza e noia  
Recheran l'ore, ed al travaglio usato  
Ciascuno in suo pensier farà ritorno.

Este es el día del sábado, antecesor del domingo, en cuya tarde verdaderamente triste reaparecerán las preocupaciones de la vida ordinaria. Va a empezar el mañana, volverá el fastidio de la cotidiana labor, y todo el mundo traerá sobre sí el peso del trabajo, de las miserias y dificultades del vivir, que entristecen al poeta.

Y sigue, dirigiéndose al muchacho a quien describe la fiesta:

Garzoncello scherzoso,  
Cotesta etá fiorita  
E come un giorno d'allegrezza pieno  
Giorno chiaro, sereno,  
Che precorre alla festa di tua vita.

Godi, fanciullo mio; stato soave,  
Stagion lieta è cotesta.



Altro dirti non vo'; ma la tua festa  
Ch'anco tardi a venir, non ti sia grave.

Seguid el consejo de Leopardi. No os  
preocupe que vuestro día de fiesta tarde  
algo. El vendrá cuando sea sazón.

.....  
.....

